

dicándonos una de ellas. Vuestra presencia aquí es aliento para nosotros, porque sabemos que en vos se ha apacentado siempre aquel espíritu y que en vuestros "años provecetos" lo está igual que como lo estuvo en los juveniles.

Hay mucho que hacer y los medios son escasos; pero la voluntad es grande, y el empeño más, que es cuanto importa. Cada paso es una conquista, por pequeña no menos apreciable; otros vendrán que continuarán y mejorarán la obra.

Tiempo ha calificado con justicia caballero del ideal, habeis puesto vuestro no común bagaje al servicio de éste. Por eso salimos en vuestra busca. Por eso celebramos con alborozo el asenso que habeis dado a nuestro deseo de venir a compartir estas labores y dar nueva savia al organismo de la Academia Dominicana de la Historia.

Que sea todo eso por el bien de la generación presente y de las venideras.

Centenario de Finlay

1833-Diciembre 3-1933

La Personalidad Científica de Finlay

Medalla de Oro: Premio Otorgado por el Congreso Médico Dominicano

Carlos J. Finlay y de Barrés nació en Puerto Príncipe de Cuba en el último mes del año 1833. Inicia estudios en Francia e Inglaterra, se distingue en Rouen, doctorase en medicina en el Jefferson Medical College de Filadelfia, y en 1865 se adelanta a Koch, al exponer en la Academia de Ciencias de la Habana, su famosa doctrina acerca del cólera morbo asiático y su tratamiento.

Pero, el hecho extraordinario que singulariza la obra y la vida del eminente antillano, la condición de su inmortalidad y de su gloria, lo es, su concepción genial de la trasmisión de la fiebre amarilla de hombre a hombre por la picadura del mosquito *Culex Fasciatus*. Esta concepción está complementada por otras ideas igualmente trascendentales para la ciencia. Esto es, que, para que el mosquito pueda hacerse infectante, tiene que chupar la sangre del hombre enfermo durante los tres primeros días de enfermedad, y que no es, sino doce días después de haber chupado esta sangre virulenta, que el mosquito se hace infectante, es decir, que adquiere el poder de transmitir la enfermedad de enfermo a sano. Lo que tiene un alto valor desde el punto de vista profiláctico.

La admirable teoría del cubano extraordinario no adquirió viabilidad, sino después que Manson hubo emitido su doctrina de la trasmisión de la filariosis (*Filaria Bancrofti*) por el *Culex Fatigans*.

Los descubrimientos de Finlay fueron plenamente confirmados por la Comisión Americana, cuyo campamento de experimentación fué instalado en los Quemados de Marianao, próximo a la Habana, y denominado "Campamento Lazear" en honor del médico norteamericano que perdió su vida víctima de la enfermedad que investigaba. La mencionada Comisión que nombrara Leonardo Wood, fué integrada por los doctores Reed, Carroll, Lazear y Agra-

monte. Dicha Comisión recibió de manos del mismo Finlay huevos de *Culex Fasciatus* (hoy, *Stegomyia Calopus* y más recientemente *Aedes Argentens*.) Como experiencia preliminar, tuvieron una generación de mosquitos indemnes de todo contagio; les hicieron hacer su comida de sangre de enfermos amarillicos en diversos días de evolución de la enfermedad. Luego, les hicieron picar a un grupo de individuos no inmunes, comprobándose que las personas que sufrieron las picaduras de *Stegomyias*, (doce días después de la primera succión que ellos habían hecho en enfermos amarillicos) fueron infectadas por trasmisión del agente causal, ya virulento. Estos mosquitos infectantes correspondieron siempre, a los que susccionaron la sangre del enfermo durante los tres primeros días de la fiebre. Todo ello, confirmó la observación de Carter, sobre el lapso de incubación extrínseca, es decir, el tiempo que transcurre entre el primer caso de fiebre amarilla que aparece en una zona y los casos secundarios que le suceden. La Comisión halló, así, la clave del ciclo biológico del agente, completando y confirmando el genial descubrimiento de Carlos J. Finlay. Entonces, sobre base tan firme, emprendió el resto de sus experiencias en el ya mencionado Campamento de Lazear, llegando a las siguientes conclusiones:

- 1.—La fiebre amarilla no se trasmite por las ropas u objetos en uso del enfermo;
- 2.—Es necesario para la evolución del germen (cual que sea) de la fiebre amarilla, que se ingiera por un mosquito de la especie *Stegomyia Calopus*;
- 3.—Para que llegue a infectarse, es preciso que el mosquito chupe sangre de un enfermo amarillico dentro de los tres primeros días de la enfermedad;



- 4.—Es necesario que transcurra un período por lo menos de doce días, para que el mosquito pueda transmitir la entidad patógena;
- 5.—Esta se presenta en el hombre durante los seis días consecutivos a la picadura (el período de incubación más corto observado, ha sido de cuarentiuna horas tan sólo).

Alguien, refiriéndose a los antecedentes del notable acontecimiento que hemos relatado, ha escrito: "Corría el año 1858, cuando casualmente descubrió, haciendo observaciones microscópicas, que el ácido hidrocórico evaporado al aire libre, dejaba sobre la placa de vidrio en que lo depositaba, numerosos cristales. Este hecho le indujo a estudiar la alcalinidad de la atmósfera de la Habana, mayor que la de otros países, hecho comprobado por el insigne químico Casaseca, que se hallaba entonces en esta ciudad. A principios de 1859 construyó un aparato que le permitió apreciar, de manera científica, dicha alcalinidad; y al notar sus fluctuaciones, coincidiendo con los períodos de incremento y decrecimiento de la fiebre amarilla, concibió el proyecto de averiguar la influencia que esta circunstancia pudiera ejercer en el desarrollo de dicha enfermedad."

Más tarde se publicó "Report of the Alkalinity of the Atmosphere observed in Havana and other localities of the Island of Cuba, by Charles Finlay, M. D. of the Havana Yellow Comission". Pero, fué el 14 de Agosto de 1881 la primera vez que habló Finlay del mosquito, como dejamos ya dicho, y su triunfo definitivo se realizó cuando la intervención norteamericana en Cuba sucedió a la dominación de España.

Finlay fué precursor brillante. William Crawford Gorgas debe su gloria al descubrimiento de aquel cubano de excepción. Al extremo, que podríamos afirmar que no habría Gorgas sin Finlay, como no existiría Lister sin Pasteur. Tal es la significación del hombre que escribió el primer capítulo de la etiología y patogenia de las enfermedades infecciosas tropicales.

Personalidad es individualidad. La constitución de un hombre refiérese a su estado físico; el carácter se relaciona con su estado mental, moral y psíquico. El temperamento es la síntesis de ambas condiciones.

La personalidad no solamente es expresión superior e integral de los estados referidos, si que también señala una cualidad característica, el signo propio del ser, el distintivo sobresaliente, la individualidad.

El término personalidad fué usado la vez primera por Wyclif, en 1380, para designar la cualidad peculiar de un ser o una persona humana. Durante la edad media se realizó su etapa teológica, y personalidad significó divinidad; era blasfemia, entonces, referir este término al hombre.

Para el siglo diecinueve indicaba dignidad, y los alemanes asociaban la palabra a los nombres no olvidables de Goethe y de Schiller.

En nuestros días, la psicología nos revela el va-

lor del término por su función, y decimos que personalidad es individualidad.

El arte está más cerca de la vida que la ciencia y es por esto que las manifestaciones de lo bello son más fácilmente aprehendidas por el espíritu. Habitualmente, reconocemos al artista por la sola captación de su obra. En ella está siempre la indicación precisa y fuente de su personalidad.

Y así, ellos se revelan:

Ticiano con sus formas elegantes.

Da Vinci con sus expresiones psicológicas.

Wagner con sus preferencias por séptimas mayores.

Chopin con su hábito de saltar escalas.

Beethoven, el máximo, por el carácter heroico y dominante de su música vigorosa y pasional.

Y cómo dejar de reconocer el buril mágico de Cellini, la mano prodigiosa de Campodimonte, el romanticismo poético y tierno de Heine, la palabra demolidora de Clemenceau o el gesto trágico del británico singular que llenó dos siglos, y brilla todavía?

La actividad científica, sella también, y quizás más fuertemente, a sus elegidos. La personalidad del hombre de ciencia se orienta hacia el análisis y la experiencia o se dirige a las concepciones sintéticas y los dominios teóricos.

El hombre de análisis, es el especialista, el experimentador, el que investiga el detalle, el que atribuye importancia suprema a las partes, el buscador de senderos. Dotado de condiciones raras de paciencia y de fé, se convierte a través del tiempo en el instrumento más apto para la búsqueda de lo que persigue. Y esto, lo logra casi siempre. Es unilateral, es exclusivista, pero trabaja y realiza la virtud del esfuerzo continuado.

El hombre de síntesis, es el generalizador, es el que concibe las hipótesis maravillosas que habrán de transformarse en verdades experimentales o en hecho de observación. Es el creador, es el genial.

Por el análisis, se llega a la virtud del trabajo continuado.

Por la síntesis, se logra la senda brillante por donde han ido sabios y genios.

Pero ambas vías, conducen al apostolado del bien y de la ciencia.

Carlos J. Finlay realiza la fusión maravillosa de teórico creador e investigador paciente. Sus obras "El Clima en la Isla de Cuba", "La no aclimatación de los europeos en los climas cálidos" y "Propagación de la raza de color", están señalando, por su originalidad y luminosa concepción, al hombre de síntesis; por su paciente y cuidadosa investigación científica, al hombre de análisis.

Y como si todo ello no fuese suficiente para determinar con mítidos contornos su fuerte silueta científica y sobresaliente personalidad integral, Carlos J. Finlay se revela gran matemático en su "Nueva Teoría de la Gravitación" Y... ya lo dijo Bertrand Russell: "Quizás en su última perfección, toda ciencia será matemática."

Viriato A. FIALLO.

Santo Domingo, Nov. de 1933.